

García Márquez, G., El amor en los tiempos del cólera, Madrid, Mondadori, 1987.

ERA inevitable: el olor de las almendras amargas le recordaba siempre el destino de los amores contrariados. El doctor Juvenal Urbino lo percibió desde que entró en la casa todavía en penumbras, adonde había acudido de urgencia a ocuparse de un caso que para él había dejado de ser urgente desde hacía muchos años. El refugiado antillano Jeremiah de Saint-Amour, inválido de guerra, fotógrafo de niños y su adversario de ajedrez más compasivo, se había puesto a salvo de los tormentos de la memoria con un sahumero de cianuro de oro.

Encontró el cadáver cubierto con una manta en el catre de campaña donde había dormido siempre, cerca de un taburete con la cubeta que había servido para vaporizar el veneno. En el suelo, amarrado de la pata del catre, estaba el cuerpo tendido de un gran danés negro de pecho nevado, y junto a él estaban las muletas. El cuarto sofocante y abigarrado que hacía al mismo tiempo de alcoba y laboratorio, empezaba a iluminarse apenas con el resplandor del amanecer en la ventana abierta, pero era luz bastante para reconocer de inmediato la autoridad de la muerte. Las otras ventanas, así como cualquier resquicio de la habitación, estaban amordazadas con trapos o selladas con cartones negros, y eso aumentaba su densidad opresiva. Había un mesón atiborrado de frascos y pomos sin rótulos, y dos cu-

betas de peltre descascarado bajo un foco ordinario cubierto de papel rojo. La tercera cubeta, la del líquido fijador, era la que estaba junto al cadáver. Había revistas y periódicos viejos por todas partes, pilas de negativos en placas de vidrio, muebles rotos, pero todo estaba preservado del polvo por una mano diligente. Aunque el aire de la ventana había purificado el ámbito, aún quedaba para quien supiera identificarlo el rescoldo tibio de los amores sin ventura de las almendras amargas. El doctor Juvenal Urbino había pensado más de una vez, sin ánimo premonitorio, que aquel no era un lugar propicio para morir en gracia de Dios. Pero con el tiempo terminó por suponer que su desorden obedecía tal vez a una determinación cifrada de la Divina Providencia.

Gabriel García Márquez, Love in the time of Cholera,
New York: Knopf, 1990. Translated by
Edith Grossman



IT WAS INEVITABLE: the scent of bitter almonds always reminded him of the fate of unrequited love. Dr. Juvenal Urbino noticed it as soon as he entered the still darkened house where he had hurried on an urgent call to attend a case that for him had lost all urgency many years before. The Antillean refugee Jeremiah de Saint-Amour, disabled war veteran, photographer of children, and his most sympathetic opponent in chess, had escaped the torments of memory with the aromatic fumes of gold cyanide.

He found the corpse covered with a blanket on the campaign cot where he had always slept, and beside it was a stool with the developing tray he had used to vaporize the poison. On the floor, tied to a leg of the cot, lay the body of a black Great Dane with a snow-white chest, and next to him were the crutches. At one window the splendor of dawn was just beginning to illuminate the stifling, crowded room that served as both bedroom and laboratory, but there was enough light for him to recognize at once the authority of death. The other windows, as well as every other chink in the room, were muffled with rags or sealed with black cardboard, which increased the oppressive heaviness. A counter was crammed with jars and bottles without labels and two crumbling pewter trays under an ordinary light bulb covered with red paper. The third tray, the one for the fixative solution, was next to the body. There were old magazines and newspapers everywhere, piles of negatives on glass plates, broken furniture, but everything was kept free of dust by a diligent hand. Although the air coming through the window had purified the atmosphere, there still remained for the one who could identify it the dying embers of hapless love in the bitter almonds. Dr. Juvenal Urbino had often thought, with no premonitory intention, that this would not be a propitious place for dying in a state of grace. But in time he came to suppose that perhaps its disorder obeyed an obscure determination of Divine Providence.

Montes, Mayra, El capitán de los dormidos,
Barcelona: Tusquets Editores, 2002.

Estoy en el último lugar del mundo donde me gustar­
ía estar. Esperando a la última persona en esta vida a la
que jamás pensé volver a ver. Son casi las seis. Bebo sor-
bitos de cerveza en el bar del Pink Fancy, un hotel de
Santa Cruz al que llegué hace unos minutos, arrastrando
una pequeña valija de fin de semana.

Me atendió, al llegar, una mujer que no paraba de reír-
se. Era joven y bastante gruesa, y, por lo visto, no conse-
guía olvidarse del chiste que acababa de contarle otro em-
pleado, un hombre que revisaba papeles y que también se
reía bajito. Pregunté por mi reservación y ella me respon-
dió con una vocecita aguda, en un inglés pintado, poco
común en esta isla. Luego me entregó un folleto con un
plano de la ciudad—no me dio tiempo de explicarle que
puedo caminar por Christiansted con los ojos cerrados—,
dibujó un círculo sobre uno de los restaurantes y me re-
comendó que no dejara de cenar en él. Asentí con una
sonrisa que me temo que le pareció burlesca. Entonces se
replegó, se comportó como un mayordomo herido y me
indicó secamente que mi habitación estaba en el segundo
piso. Antes de subir le pregunté por el número de la ha-
bitación de Mister Bunker, John Timothy Bunker, des-
grané cada sílaba y me pareció escuchar la voz de mi pa-
dre: «J.T.», que lo pronunciaba en inglés: «yei ti». Siempre
llamó de esa forma al Capitán de los Dormidos.

Subí y tomé una bocanada de aire antes de levantar el

Mayra Montero, Captain of the Sleepers,
New York: Farrar Straus & Giroux, 2007.
Translated by Edith Grossman

I'M in the last place on earth I'd like to be. Waiting for the last
person in this life I thought I'd ever see again. It's almost six. I'm
sipping beer at the bar of the Pink Fancy, a hotel on St. Croix
where I arrived just a few minutes ago, carrying a small week-
end bag.

When I arrived I was registered by a woman who didn't stop
laughing. She was young and fairly heavy, and apparently she
could not forget the joke that another employee—a man who
was looking over some papers and laughing quietly too—had
just told her. I asked about my reservation, and with a thin,
high-pitched voice she answered in the kind of correct English
that was unusual on this island. Then she handed me a brochure
with a map of the city (she didn't give me time to explain that
I could walk around Christiansted with my eyes closed), drew
a circle around one of the restaurants, and recommended that I
be sure to eat there. I agreed with a smile that I'm afraid she
thought was mocking. She drew back, behaved like an offended
butler, and told me drily that my room was on the second floor.
Before I went up I asked her for Mr. Bunker's room number;
John Timothy Bunker. I stressed each syllable and seemed to
hear my father's voice: "J.T.," which he pronounced in English,
not Spanish. That's what he always called the Captain of the
Sleepers.

Cervantes, Miguel de, Don Quixote,
Madrid, EL PAIS, 2005,

Capitulo I

Que trata de la condicion y ejercicio del
famoso hidalgo don Quijote de la Mancha

Part One of the Ingenious Gentleman
Don Quixote of La Mancha



CHAPTER I

Which describes the condition and profession of the famous gentleman Don
Quixote of La Mancha

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quie-
ro acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo
de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y
galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero,
salpición las más noches, duelos y quebrantos los sábados,
lentejas los viernes, y algún palomino de añadidura
los domingos, consumían las tres partes de su hacienda.
El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo
para las fiestas con sus pantuflos de lo mismo, y los días
de entre semana se honraba con su vellorí de lo más fino.
Tenía en su casa un ama que pasaba de los cuarenta, y
una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de
campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la
podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cin-
cuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, en-
juto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quie-
ren decir que tenía el sobrenombre de Quijada o Quesada
(que en esto hay alguna diferencia en los autores que des-
te caso escriben), aunque por conjeturas verosímiles se
deja entender que se llamaba Quijana. Pero esto importa
poco a nuestro cuento; basta que en la narración déi no
se salga un punto de la verdad.

Somewhere in La Mancha, in a place whose name I do not care to re-
member, a gentleman lived not long ago, one of those who has a lance
and ancient shield on a shelf and keeps a skinny nag and a greyhound for
racing. An occasional stew, beef more often than lamb, hash most
nights, eggs and abstinence on Saturdays, lentils on Fridays, sometimes
squab as a treat on Sundays—these consumed three-fourths of his in-
come.¹ The rest went for a light woolen tunic and velvet breeches and
hose of the same material for feast days, while weekdays were honored
with dun-colored coarse cloth. He had a housekeeper past forty, a niece
not yet twenty, and a man-of-all-work who did everything from saddling
the horse to pruning the trees. Our gentleman was approximately fifty
years old; his complexion was weathered, his flesh scrawny, his face
gaunt, and he was a very early riser and a great lover of the hunt. Some
claim that his family name was Quixada, or Quexada, for there is a cer-
tain amount of disagreement among the authors who write of this mat-

1. Cervantes describes typical aspects of the ordinary life of the rural gentry. The indications of re-
duced circumstances include the foods eaten by Don Quixote: beef, for example, was less expensive
than lamb.

ter, although reliable conjecture seems to indicate that his name was
Quexana. But this does not matter very much to our story; in its telling
there is absolutely no deviation from the truth.

Miguel de Cervantes, Don Quixote, New York,
Ecco Press, Harper Collins, 2003.
Translated by Erik Gussman